

comunión se elevaron y, sumidos en una idealidad sin límites pasaron algunas horas dignas de ser eternas.

Las sombras del atardecer caían.

El adiós que separa a la vulgaridad los reparó con ironía cruel.

—¡Si hubiera sido marquesal!

—¡Si hubiera sido pastor!

Ni una mirada hacia atrás, ni una lágrima...

¡Oh cerebros que pensais en las distinciones de cuna!

¡Cuántas veces el alma que nació para comprenderos pasó junto a vosotros y la arrojasteis con desdén.

JUANA INÉS DE LA CRUZ.

LOS NIÑOS

La educación de los niños

(Continuación)

Para él, los *criados* son seres que han venido al mundo con la única misión de servirle.

Han sido formados expreso para esto, se dice, porque cobran un salario, ocupan habitaciones distintas y tienen que obedecer.

Imbuído en este pensamiento, les trata con crueldad para mejor hacerles sentir su humilde condición.

* *

Por el contrario (y más en interés de nuestros hijos que por consideración a los inferiores), hagámosle comprender con cariño y de manera que se impresione su infantil corazón, que legal, moral y cristianamente, los sirvientes, si bien pesa sobre ellos mayor suma de deberes, no tienen menos derechos que nosotros; que la necesidad les ha obligado a enagenar su libertad; que debemos ser con ellos bondadosos, porque son menos felices que nosotros; que los criados no son sino pobres a los que, por una vanidad que el uso ha consagrado, se disfraza la miseria, vistiéndoles un frac que substituya a sus harapos...

Una aclaración será tal vez oportuna...

Enseñémosle al niño, que «su nodriza», para darle los cuidados de que él se aprovecha, ha tenido que quitárselos a sus propios hijos, mil veces más necesitados de ellos, que la pobreza es la que ha obligado a esta mujer a privarles bruscamente de su amor, a alejarse de su hogar para ir a vivir como sirviente, en una casa que no es la suya.

La madre vive, ... pero mientras, ¡sus hijas quedan huérfanos!

Entre beso y beso, hagámosle comprender cariñosamente todas estas cosas tan severas como tiernas.

¡Decídselo! ¡es necesario!

Se le debe *la verdad entera*.

Hablémosle sin reservas. Su corazón, repleto de ternuras exquisitas y de generosidades inefables, adivinará lo que su inteligencia sólo puede apreciar someramente.

¡No! ¡No concibo capaz a ese niño de escupir el rostro a una madre sólo por el defecto de ser pobre!

En vez de manchar esas mejillas privadas de los filiales besos, experimentará el deseo, no me cabe la menor duda, de acariciarlas, y brotará de sus labios, a modo de agradable confidencia, cual si la formulara el pequeñuelo ausente, la tierna frase de: «¡Yo también quiero mucho!

Respetará a la madre del abandonado, así como antes se hallaba dispuesto a arañar y pegar a la mujer mercenaria.

* *

Desde que el niño se ha dado cuenta de que existe, se ha encontrado con un albergue agradable, un hogar caliente, mesa preparada, cama mullida y muebles cómodos, es decir, cuanto es necesario para vivir, y todo ello lo más lujoso posible...

Nada se ha olvidado, como no sea hacerle comprender que semejantes goces *no son asequibles a todos*, y que estos múltiples bienes, que él utiliza o consume, representan otros tantos favores que la suerte *REHUSA A MUCHOS*.

¡Disfruta de lo útil y hasta de lo superfluo, mientras a su lado otros carecen de lo necesario!

¿Por qué dejarle creer que a todo tiene derecho?

En esta creencia se nutre el egoísmo fúnebre en que vive y crece.

Tal es su primera tendencia; éste es el primer defecto que se debe combatir, el que engendra los demás característicos de esta edad: la desvergüenza, las rabietas, la cólera y la ingratitud.

* * *

¡Qué sorpresa recibirá este niño cuando se le diga que existen pobrecitos de su misma edad, que tiritan de frío, que duermen sobre un montón de paja, y no comen carne y apenas prueban el pan!

¡Cómo le interesarán esas revelaciones haciéndole pensar y sentir!

Entonces, nacerán en su imaginación nuevas ideas, y delicados sentimientos germinarán en su infantil corazón...

Ajeno a la realidad que entrañan estas revelaciones, oirá atentamente vuestro relato, y, ávido de conocer las situaciones más pa-

téticas, interrogará ansioso acerca de todo aquello que no tiene todavía la menor idea.

Seguramente ha encontrado, muchas veces, menesterosos en la puerta de su casa o en la próxima esquina. Les ha dado una limosna y ha proseguido su camino.

¡Eran niños mendigos! él en cambio, es rico!... ¿Qué puede haber de común entre ellos?

Le parece tan natural haber nacido en buenos pañales y haber crecido vistiendo seda y terciopelo, como encontrar a los pobres cubiertos de harapos.

¡Ah! digamos a nuestro hijo que este pobre es un *niño como él*, y que, como a él, le gustaría apoyar su cabeza en almohada de pluma y comer buenos manjares y golosinas.

Continuará.



Nó, mi hijito

Es el cuadro delicioso de la madre joven con su primer hijo. El apenas balbucea, pero en su media lengua lo habla todo y todo lo pide y lo ansía todo. Anda balanceándose, con la gracia blanda de un patito rubio, con los minúsculos brazos extendidos y la cara seria y el gesto atento por el esfuerzo que hace para no caer. Y sin embargo explora la casa entera y va desde el salón hasta el gallinero, infatigable andariego, con los brazos adelante y las manitas abiertas.

Tras él sigue también la mamá, temerosa de que el niño se dañe o haga daño y cada tres pasos, el pequeñuelo oye la eterna exclamación:

—No, mi hijito; no, mi hijito.

Hay que evitar que el infante delicado suba a una silla, tome alguna estatua, rompa alguna pieza del tocador.

—No, mi hijito.

Entre tanto el niño no puede contener su curiosidad irresistible. La voz de la mamá viene como de muy lejos y no alcanza a llegar hasta su conciencia que apenas empieza a desperezarse para despertar. En vez de acceder al ruego o acatar la orden materna, antes que la joven lo alcance ya se ha caído de la silla, quebrado la terracota o vaciado todo el *Ideal* sobre el mármol del lavabo. Y, naturalmente, apenas realizada su proeza, ríe, ríe, ríe, porque ha afirmado su superioridad sobre los seres y las cosas que le ro-

dean y goza inconscientemente del mayor placer que ha conocido jamás la humanidad: la conquista del mundo exterior.

Ante este placer soberano ¡qué débil resuena el «no, mi hijito!» Estas palabras que encierran la primera orden del cariño precursor de la madre, encarna también la primera e irremisible desobediencia del hijo, porque lo que aquella le veda con ciega ternura, la naturaleza se lo ordena categóricamente. El niño debe ir y venir y correr y revolverlo y desentrañarlo todo, tiene que ensayar sus sentidos, medir sus infinitas posibilidades. Si permanece quieto donde se le deja, si no es travieso, turbulento y metebulla, es porque está enfermo o nació mal constituido.

Madres que ilucionáis para vuestros hijos una vida sana e ideal, no les impidáis satisfacer su mayor necesidad espiritual ni les prohibáis su mayor placer. No les repitáis a cada momento tampoco la frase que ellos no obedecerán, porque el niño, desde su más tierna edad va incubando y haciendo provisión de hábitos para el resto de su existencia, y si en ese período no aprende a obedecer, lo será más tarde muy difícil, sino imposible, aprenderlo.

Sí, es verdad que no hay época en que el problema de la educación sea más complicado y difícil que aquella que se inicia con el primer balbuceo comprensivo o el primer